

dad, como Roble Huacho, cuyo género no puede, en ningún caso desaparecer, como tampoco podría negar que el pesado sedimento metafísico que sustentan los poemas de Díaz Casanueva ha ejercido su atracción sobre mi espíritu. El señor Belmar es un buen relator de las cosas exteriores que se han ofrecido a su observación, incluido el paisaje. El señor Díaz Casanueva arranca de sí mismo y crea con su propio elemento. El libro de éste es poesía y el de aquél novela, es verdad, pero eso cuenta poco. Epocas hubo en que las narraciones se hicieron en versos, así como a estos Cuatro Cantos se les dió forma en prosa. Toda Literatura no es, en última definición, sino un relato. Es cuestión sólo de graduaciones. El arte es Uno y sus evoluciones, cualesquiera que sean, si le pertenecen, gravitarán sobre su esencia.—MARÍA CAROLINA GEEL.



<https://doi.org/10.29393/At273-18PAEC10018>

PSICOGENESIS DEL ARTE, por el *Dr. Ramón Clarés Pérez*

Tenemos la costumbre de subrayar los pensamientos interesantes que encontramos en los libros. Y en el caso, asaz singular, de este titulado «Psicogénesis del Arte» el gasto de grafito ha sido el máximo.

Su autor, don Ramón Clarés (1892-1946) siguió un itinerario que, en cada estación, fué consecuente con sí mismo y con su medio. Entusiasta animador de ateneos en su juventud, los años postreros los vivió al margen del mundanal ruido y engolfado en sus tareas profesionales de médico y, principalmente, en el estudio de la psicología a través de sus cultores modernos más representativos, tales como Freud, Yung y Adler.

Todo lo que aprendió de esos autores, más su propia cosecha, no escasa, convirtieron la suya en una de las voces autorizadas del psicoanálisis en Chile.

Por suerte tal acervo cultural, acumulado en años de pasión y de vigilia, no desapareció con su muerte, pues lo dejó escrito

en una obra cíclica cuyo primer volumen ha impreso pulcramente la Editorial Cultura.

Tema adentro, llama la atención, en primer término, la absoluta falta de esas divagaciones generales, legítimas nebulosas, con que algunos ensayistas acostumbran a enfocar un tema, o más exactamente a desenfocarlo.

Aquí el autor, sin prisa, va en línea recta al grano. Usando un método determinista, no tan ortodoxo como el de Taine, tras agudo análisis desemboca siempre en planteamientos claros y comprensibles; y sobre todo, siendo este su gran mérito, dejando un pequeño margen en blanco destinado a que ahí sean analizados después, a su debido tiempo, esos factores que dan el «toque mágico» y que por de pronto no son accesibles a la razón.

No se preocupa de la obra de arte en sí. Se ocupa tan sólo del artista como ser biológico; examina sus reacciones glandulares, sus complejos, su ambiente y demás causas que lo impulsan hacia el Parnaso.

Según él, el individuo, en primera instancia, existe en función de un hambre o afán natural de ganar la eternidad. El hombre corriente se eterniza con sus hijos, el hombre diferenciado con una poesía o cualquier otra obra de arte. El hijo y la poesía son dos creaciones específicamente disímiles, pero iguales en sus orígenes instintivos; ambos tienen su raíz en el egoísmo; y cada uno tiende a satisfacer esa sed de prolongación en el tiempo y en el espacio a que aspira la mayoría de los hombres. Pero ocurre, paradójicamente, que en cuanto satisface esa sed, vale decir en cuanto crea la obra de arte, ella le resulta inútil. Y entonces, pertinaz, continúa amasando nueva arcilla sin lograr jamás dar la forma exacta de lo soñado, porque el ideal del artista nunca es preciso y concreto, sino siempre vago y titilante.

El autor desarrolla, además, varias otras disquisiciones que arrojan buena luz sobre los problemas del arte. La forma expositiva es sobria, justa y contundente, aunque en partes se re-

siente con una nomenclatura de especialista no entendible para el lector común.

El libro implica, en suma, una evidente superación de la intelectualidad criolla, frondosa en poesía, novela y cuento; pero magra en ensayo, género cuyo desarrollo requiere una disciplina que al chileno, de por sí desordenado, le cuesta aceptar.
—EDMUNDO CONCHA.



EL HAMBRE EN LA HISTORIA, por *Parmalee Prentice*

He aquí una obra admirable. Admirable porque ella estudia los pequeños grandes hechos que, por oscuros, habían sido olvidados por la historia. Parmalee Prentice, autor de esta «Hambre en la Historia» (1) comienza por afirmar, siguiendo a Malthus, que «las historias de la humanidad que poseemos, son por lo general historias de las clases superiores». Por eso, Parmalee arroja su mirada sobre las clases bajas, sobre ese oculto estrato social y procura presentarnos en forma amplia y sencilla—con esa rara sencillez de algunos escritores—la historia del hombre en el mundo de las necesidades y la de los pueblos en su lucha por la existencia.

Hasta aquí, parece que los investigadores han tenido vergüenza—es la palabra—de confesar a sus lectores que un día nuestros abuelos tuvieron hambre. Los pocos libros que sobre el particular fueron escritos, desaparecieron en el más ruinoso anonimato. ¿Quién conoce, por ejemplo, la obra de Johan Dominicus SALA, aparecida en 1628 y llamada DE ALIMENTIS? Y antes aun, en Inglaterra, sir Hugh Platt había escrito un manual sobre los «Diversos Remedios contra el Hambre» («Sundry

(1) E. Parmalee Prentice: «El hambre en la historia». Trad. del Dr. Fco. J. Cortada. Espasa-Calpe. Argentina, 1946.